

COMENTARIOS

BORGES EL INMORTAL

Martha L. Canfield

Creo en el alba oír un atareado
Rumor de multitudes que se alejan;
Son lo que me ha querido y olvidado;
Espacio y tiempo y Borges ya me dejan.

Florencia, junio de 1986.- Cuenta Jonathan Swift que en el lejano reino de Luggnagg, dos o tres veces cada siglo, nace un niño con una mancha roja en la frente y que esa mancha es el signo de que ha nacido un inmortal. Gulliver conoció a esos inmortales (en su país les llamaban *Struldbruggs*) y, contrariamente a lo que había imaginado al enterarse de que existían, descubrió que tales seres eran dignos únicamente de conmiseración y de desprecio. Si hubiera podido llevar uno de ellos a Inglaterra, es muy probable que al verlo los ingleses se hubieran curado para siempre del miedo a la muerte (*Gulliver's Travels*, III, 10). Cuenta Borges que cuenta Joseph Cartaphilus que más allá del Nilo existe una extraña ciudad cuyas formas absurdas producen el horror de lo incomprendible. La ciudad está poblada por los Inmortales, que viven desnudos, insensibles a todo, no hablan, se nutren de serpientes y dejan, por los siglos de los siglos, que el sol y la luna se alternen sobre sus cuerpos rudimentales. Cartaphilus los llama *trogloditas* y, aparte el significado, el nombre evoca fónicamente el gulliveriano *struldbrugg*. Ambos, *trogloditas* y *struldbruggs*, son temibles figuraciones de lo que podría ser el hombre condenado a no morir. El mero sueño de la inmortalidad vuelve horrendos e inhumanos a los hombres: "Esta ciudad —pensé— es tan horrible que su mera existencia y perduración [...] contamina el pasado y el porvenir [...] Mientras perdure, nadie en el mundo podrá ser valeroso o feliz" ("El inmortal", en *El aleph*). La conciencia de la fugacidad, en cambio, vuelve conmovedores y valiosos a los hombres. Relacionadas con los mortales, aun las cosas menos precederas adquieren el valor de lo irrecuperable:

Hay una línea de Verlaine que no volveré a recordar,
Hay una calle próxima que está vedada a mis pasos,
Hay un espejo que me ha visto por última vez,

Hay una puerta que he cerrado hasta el fin del mundo.

("Límites", *Museo*)

"La muerte es vida vivida,/ la vida es muerte que viene", dice Borges que cantaba un orillero quien probablemente nunca había leído a Quevedo.

El 14 de junio por la tarde, informa la crónica, Jorge Luis Borges se fue "dulcemente", en su casa de Ginebra, la ciudad que más amaba después de Buenos Aires, asistido por María Kodama, su compañera de tantos años, y por Héctor Bianciotti, ese excelente escritor que fue también su amigo personal y su colaborador. "Dulcemente": se había preparado en profundidad para la muerte y hacía tiempo la esperaba; lo había dicho incluso varias veces en los últimos tiempos. La descomposición de la individualidad y el regreso a la pura energía no podían atemorizar a Borges. Al contrario, para él esto no podía ser más que el justo corolario a una larga vida de fatigas, enteramente dedicada a recomponer la secreta unidad de la literatura, innumerablemente fragmentada a través de las voces y los siglos. Es decir, una vida dedicada a los otros; es decir, a nosotros.

El mundo es un libro incesante (todos los autores se reúnen en uno) y en la literatura universal está la clave de interpretación, disgregada, de ese libro único. Reunir los fragmentos y recuperar la clave fue la tarea inmensa, y en último término imposible, que se impuso Borges. Para llevarla a cabo sacrificó su vida personal. (Todos lo saben: ¿cuántas veces dijo "he leído mucho y he vivido poco"?). Pero su extrema lucidez no le permitía hacerse ilusiones sobre los resultados de su empresa ni sobre la pureza de sus mismas intenciones. El individuo fue en él sofocado por el escritor. Pero él mismo se pregunta cuánto habría en el escritor de vanidad, de magnífico egoísmo más que de magnífico altruismo y cuánto el indivi-

duo no deseaba conscientemente anularse para perdurar en el otro.

[...] yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramar su literatura y esa literatura me justifica. Nada me cuesta confesar que ha logrado ciertas páginas válidas, pero esas páginas no me pueden salvar, quizá porque lo bueno ya no es de nadie, ni siquiera del otro, sino del lenguaje o la tradición.

("Borges y yo", en *El hacedor*)

En el famoso "Epílogo" a *El hacedor*, Borges proponía la siguiente parábola: un hombre dibuja, a lo largo de su vida, el mundo, y va llenando un espacio con imágenes de provincias, de montañas, de islas, de naves, de peces, de astros, de instrumentos, de personas. Poco antes de morir descubre que ese paciente laberinto de líneas diseña su propia cara.

La obra es la representación del mundo, o quiere serlo; pero, según enseña el idealismo gnoseológico, el mundo no puede representarse sino a imagen de nosotros mismos: "el mundo es mi representación" dice Schopenhauer, maestro de Borges. Así, Borges está en su obra, aunque en ella el individuo no se haya salvado sino, antes bien, se haya perdido en las ampliaciones y contorsiones del pensamiento literario.

Como Joyce, como Goethe, como Shakespeare, como Dante, como Quevedo, como los autores que él amaba y en los cuales veía la Literatura compendiada, Borges fue "menos un hombre que una dilatada y compleja literatura" (sea permitido parafrasearlo). Como tal está destinado a perdurar. Su compulsión a escribir (véase "El otro tigre") lo salva y su obra realizada lo justifica. Por ella serán perdonadas las flaquezas del hombre las cuales, por otra parte, a nadie sino a los santos es dado superar:

He trabado en fuertes palabras ese mi pensativo sentir, que pudo haberse disipado en sola ternura.

El recuerdo de una antigua vileza vuelve a mi corazón.

Como el caballo muerto que la marea inflige a la playa, vuelve a mi corazón.

Aún están a mi lado, sin embargo, las calles y la luna.

El agua sigue siendo dulce en mi boca y las estrofas no me niegan su gracia.

Siento el pavor de la belleza; ¿quién se atreverá a condenarme si esta gran luna de mi soledad me perdona?

(“Casi juicio final”, en *Luna de enfrente*)

Spinoza, recordado por Borges, decía que todas las cosas quieren perseverar en su ser: la piedra eternamente quiere ser piedra y el tigre un tigre. Quién sabe que en la nueva dimensión sin tiempo y sin espacio hacia la cual ahora se encamina, no sea lícito imaginar a Borges como él ha imaginado a Alfonso Reyes después de su muerte, y a Poe, y a otros, es decir, empecinado, aplicándose aún “dichoso y desvelado” a erigir otras “espléndidas y atroces maravillas”.

Borges no puede morir simplemente porque su literatura sigue viviendo en nosotros, que también seremos nadie pero habremos sembrado a nuestra vez su vas-

ta herencia. Digamos a su manera, con extrema reverencia y dulce consuelo, que si bien en la precisa armonía de sus ecuaciones textuales él fue Homero, fue Dante, fue Shakespeare, y ahora es nadie, será Borges en los siglos, en esa forjadura de idioma y pensamiento en la que no podrá ser confundido.

El imaginó muchas veces —partiendo de las imaginaciones de otros— que el mundo es un teatro, que en la rueda del tiempo cada momento regresa y el espectáculo previsto en el Eterno Libro se repite. Imaginó que todos los autores no son sino uno, que regresa puntualmente para encarnar el espíritu del siglo en cada siglo. Entonces nosotros podemos creer que Homero y su ceguera se repitieron en él, para que pudiera entender que es del silencioso recuerdo escondido en el pozo del alma de donde nacen los hexámetros rumorosos; y Dante y sus fieras animadas por los símbolos del alma y su muerte en el exilio se repitieron en él; y Shakespeare y su angustiada versatilidad; y Cervantes y Quevedo. Entonces podremos creer, en consecuencia, que seguirá regresando, “como la aurora y el ocaso”, para infaliblemente “convertir el ultraje de los años/ en una música, un rumor y un símbolo”.

Borges no ha muerto, porque aunque todas estas lucubraciones no sean más que el signo de nuestra debilidad, que no nos ayuda a resignarnos a la separación, es cierto que él nos enseñó un modo de hablar y de pensar y que eso durará en nosotros y más que nosotros.

En la última “Bustina di Minerva”, la página que Umberto Eco escribe todas las semanas para *L'Espresso*, publicada pocas horas antes de que llegara la triste noticia de Ginebra, veo que el ilustre semiólogo parte para sus reflexiones de una cita de Borges (fenómeno difundidísimo en los últimos años) y que lo considera el inventor de la “enumeración caótica”. En sentido estricto no lo fue, y Eco naturalmente lo sabe (no sólo lo conoce bien sino que además lo introdujo con afecto irreverente en su famosa novela). Pero en otro sentido lo es: la ha usado tanto y de tal modo que al fin hemos terminado por considerarla suya y luego por usarla según su estilo.

El elenco de lo que hemos aprendido con Borges sería demasiado largo y siempre se correría el riesgo de quedar en falta. Digamos que su voz se deja oír en los más grandes escritores de nuestro tiempo, entre otros en el Premio Nobel Gabriel García Márquez. Digamos que estas páginas escritas en honor suyo están llenas de su voz no sólo porque son en honor suyo. Digamos en fin que otra de sus grandes enseñanzas es que la diferencia entre escritor y lector es fortuita y que por eso mismo podemos en justicia dedicarle los versos que él compuso para otro:

No profanen las lágrimas el verso
que nuestro amor inscribe a su
memoria.